Lección 13 – La Propiedad

El principio de la propiedad enseña que todo lo que tenemos pertenece a Dios y debe ser usado para lograr los propósitos de Él.

Colosenses 1:16-17 subraya que toda la creación es propiedad de Cristo.

*Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten;*

1 Corintios 6:19-20 explica que el creyente es propiedad de Dios.

*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.*

Una parte fundamental del principio de la propiedad es el concepto de la mayordomía. Un mayordomo es aquel que administra la propiedad de otro. La realidad de nuestro mayordomía es muy clara cuando lo vemos como Job lo vio.

*y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.  Job 1:21*

Es decir, no trajimos nada a este mundo, y no sacaremos nada de él.

¿Cómo se ve el principio de la propiedad en nuestras vidas? Queremos ver dos situaciones en las que se ven. La primera tiene que ver con nuestros derechos.

La ira es la señal que nuestros derechos no han sido cedidos a Dios.

Déjenme usar la historia de lo que una familia aprendió acerca de la ira. He copiado esta historia del librito, *Cediendo Derechos: Cómo Conquistar la Ira* por el Instituto en Principios Básicos de la Vida.

Cómo Aprendió una Familia a Conquistar la Ira

Sonó el teléfono un viernes por la tarde. Lo contestó el director de jóvenes de la iglesia. Un turbado estudiante universitario empezó a verter su problema.

“Yo pensaba que las cosas estaban mejorando en nuestra familia, pero se han puesto peor de lo que estaban antes. Mi papá y yo siempre estamos peleando, y él ha empezado a beber de nuevo.

“El otro día me acusó de algo que yo no hice. Yo le dije que él estaba equivocado, y explotó contra mí. Tomó una tabla y corrió tras de mí. Yo salí a la calle corriendo. ¿Te puedes imaginar lo que pensarían lo vecinos al ver a un padre persiguiendo a su hijo por todo el barrio a gritos?

“Yo realmente quisiera ver una solución a las cosas, pero esto me parece imposible. ¿Sabes?, no hay un día que pase sin una conflagración mayor en nuestra familia - ¡generalmente son dos o tres al día! Esto ha estado sucediendo durante años. Necesito verme contigo para que me des consejo.”

Después de una pausa, el director de jóvenes dijo, “Juan, he estado tratando de ayudarte desde hace tres años, y no parece haber resultado. ¿Me permitirías hablar con tu padre?

Juan dijo bruscamente, “¡Mi papá no va a querer hablar contigo! Él está enojado con todo mundo, y siempre está embriagándose.”

El director de jóvenes contestó, “Déjame intentarlo de todas maneras.”

Más tarde ese día el director de jóvenes llamó al padre de Juan y le explicó, “Como usted sabe, he estado tratando de ayudar a su hijo desde hace tres años, y no hemos logrado mucho. Necesito consejo respecto a la manera de ayudar a su hijo. ¿Estaría dispuesto usted a dármelo?”

El padre sorprendió al director de jóvenes al contestar inmediatamente, “Con gusto le daré algún consejo. Mi hijo necesita de mucha ayuda. ¿Cuándo podríamos vernos?”

Acordaron reunirse el siguiente lunes por la noche. Se verían a las 7:30 p.m. en la oficina del director de jóvenes.

El lunes por la tarde sonó el teléfono de nuevo. Era Juan. Dijo, “Espero que estés listo para una gran explosión en tu oficina esta noche.” El director de jóvenes preguntó, “¿Por qué dices eso?”

Juan explicó, “Cuando los demás en la familia supieron que te ibas a reunir con papá esta noche, pensaron que él dirías cosas acerca de nosotros que no son ciertas. Así que para defendernos, todos vamos a acompañarlo.”

A las 7:30 p.m. toda la familia estaba allí. Entraron en una fila, encabezada por el padre. Sus rostros estaban muy serios y el ambiente era tenso. El director de jóvenes los condujo a otra pieza, y todos se sentaron alrededor de una mesa redonda.

Nadie habló, y repentinamente se le ocurrió al director de jóvenes que él nunca había estado en una situación como ésta antes. Después de elevar una “oración de emergencia,” se dirigió al padre y le dijo, “Nosotros estamos aquí esta noche porque deseamos una familia exitosa. ¿Así es?” El padre asintió con la cabeza.

El director de jóvenes continuó, “Para que podamos tener una familia exitosa, debemos primero definir lo que es. Cada uno de ustedes tomen, por favor, una hoja, y escriban su definición de una familia exitosa.”

Cada miembro de la familia sacó una hoja de papel y un lápiz, y empezaron a escribir. Parecía que todos sabían exactamente qué era lo que querían escribir. El director de jóvenes estaba intrigado, y después de cinco minutos recolectó los trabajos terminados.

Tomó primeramente la definición del padre y la empezó a leer en voz alta, pero después de tres o cuatro palabras, siguió leyendo en silencia al darse cuenta de que era un ataque verbal contra sus hijos.

Él había escrito, “Una familia exitosa es donde los hijos no están siempre tratando de evadir el trabajo, y donde uno puede llegar, al salir del trabajo, y encontrar un poco de paz y quietud.”

Dejó a un lado ese escrito, y tomó la definición de uno de los hijos. Esto tampoco era digno de leerse en voz alta. Él había escrito, “Una familia exitosa es donde el padre no está siempre gritándote, y acusándote de cosas que no hiciste.”

La mamá definió a la familia exitosa como aquella donde la madre recibe un poco de gratitud por todas las cosas que hace por cada miembro de la familia.

Cada una de las definiciones culpaban a otro miembro de la familia. Sin embargo, en todas las acusaciones se destacaba un mismo factor. Una familia exitosa es una familia que ha aprendido a conquistar la ira.

Vamos a parar aquí por un momento. La primera cosa que queremos hacer es identificar la ira. No estamos acostumbrados a admitir que estamos enojados. No tenemos ningún problema en admitir que estamos frustrados, pero es otra cosa decir que estamos enojados o que existe la ira. Pero tenemos que identificar y admitir que esto es el problema. Sigamos con la historia.

Habiendo acordado esto, el director de jóvenes sugirió, “Hagamos que la primera meta en su familia sea conquistar la ira.” Todos asintieron con la cabeza, preguntándose a sí mismos si eso sería factible, pero intrigados ante la posibilidad.

En seguida el director de jóvenes entregó a cada miembro de la familia una segunda hoja en blanco. Les pidió que anotaran las tres experiencias más recientes en las que se habían enojado y perdido el control. Un muchacho de secundaria preguntó, “¿Solamente quiere tres?” Otro muchacho dijo, “Cuál debo escoger?”

El director de jóvenes explicó, “Solo escojan tres, los que quieran, y denme una descripción detallada. Díganme cómo empezó y quien dijo qué.”

Esas descripciones iban a ser la clave para descubrir la causa de la ira.

Para asegurar la privacidad en lo que escribieran los miembros de la familia (y evitar pleitos), el director de jóvenes sugirió que se separaran. Al poco tiempo regresaron y entregaron sus informes sobre enojos al director de jóvenes. Él los leyó rápidamente y observó que cada situación de enojo tenía que ver con algún derecho personal.

Con base en esta observación él sugirió, “Vamos a hacer una lista de todos los derechos que ustedes tienen como miembros de la familia.”

Vamos a parar aquí por un momento. La seguna cosa que queremos hacer es enumerar derechos personales. La familia está para enumerar sus derechos. Sigamos leyendo.

La lista era más o menos como sigue:

NUESTROS DERECHOS PERSONALES

* El padre tenía el derecho a descansar al llegar del trabajo. En la mente de él, descanso significaba acomodarse en un gran sillón cómodo, ver la televisión, y tomarse una bebida.
* La madre tenía el derecho al agradecimiento. En la mente de ella esto significaba que no hubiera quejas respecto a los alimentos que ella preparaba, y darle gracias por lavar y planchar la ropa, en lugar de quejarse cada vez que algún miembro de la familia tenía una necesidad. También tenía derecho a que le ayudaran en la cocina después de una comida, y con las tareas de la casa.
* El hijo mayor tenía derecho a expresar sus opiniones sin ser “atacado.” Para él esto incluía decirle a su papá cuando él creyera que su papá estaba equivocado. Tenía derecho de usar el auto cuando lo necesitara. Esto incluía la gasolina pagada por su padre. Además, tenía el derecho de ser respetado como individuo, y el derecho a la privacidad.
* El segundo hijo tenía el derecho de vestir como él quisiera, incluyendo las modas que él suponía que sus padres debían comprar. También tenía derecho de escuchar “su música” aun cuando ofendiera a sus padres.

Además, tenía derecho de tomar prestado alguna prenda de vestir de su hermano mayor cuando lo necesitaba. Estaba dispuesto a realizar la cortesía de pedirlo si acaso su hermano estuviera a la vista.

Otros derechos que anotó fueron, planear cómo utilizaría su tiempo libre, y gastar el dinero que él ganara como él quisiera.

* El tercer hijo tenía derecho a tres comidas completas al día, con variedad. Tenía derecho a escoger sus propias amistades, y hacer cosas con ellos, sin importar lo que sus padres opinaran acerca de las actividades.

El director de jóvenes no entró en discusiones acerca de los méritos de cada uno de los derechos. Simplemente anotó lo que dijo cada miembro de la familia, y esperó que se les ocurrieran otros derechos. En poco tiempo había una lista considerable. Cada persona ahora estaba alerta y lista para luchar por sus derechos.

En ese momento el director de jóvenes sugirió que revisaran sus informes sobre enojo. “Vamos a participar por turno, y ver si cada uno puede relacionar su ira con la violación de alguno de sus derechos personales.”

Vamos a parar aquí por un momento. La tercera cosa que queremos hacer es relacionar la ira con la violación de un derecho. Eso es exactamente lo que vamos a ver en la historia. Sigamos leyendo.

El padre reconoció que su derecho al descanso había sido violado, y que por eso se había enojado él. La madre y los hermanos también observaron que la ira de ellos podía relacionarse directamente con sus derechos personales que fueron pisoteados por otros miembros de la familia.

El director de jóvenes entonces resumió lo que era obvio. “En otras palabras, cada uno de ustedes tiene derechos como miembro de la familia, y cuando alguien viola tus derechos te enojas. Por tanto, si pudiéramos encontrar alguna forma de lidiar con nuestros derechos, podríamos conquistar la ira, y tendríamos armonía en el hogar.”

En ese momento le vino a la mente un pasaje de la Escritura. Era Filipenses 2:5-8. Allí se explica la actitud de Cristo hacia sus derechos, y cómo nosotros debemos tener la misma mentalidad que Él en esta área.

Leamos Filipenses 2:5-8. (Léalo) Pensemos por un momento en los derechos que Cristo cedió.

* Cedió Su derecho a la riqueza – 2 Corintios 8:9
* Cedió Su derecho a una buena reputación – Isaías 53:12
* Cedió Su derecho s ser servido – Marcos 10:45
* Cedió Su derecho a las comodidades físicas – Mateo 8:20

Sigamos leyendo la historia.

Cuando cada miembro de la familia comprendió cuales eran los derechos que necesitaban ceder a Dios, el director de jóvenes sugirió que imaginaran la mesa como si fuera un altar, y se arrodillaran allí. Luego debían imaginarse tomando cada uno de sus derechos, y colocándolos sobre el altar sin ninguna reserva.

Los miembros de la familia inclinaron sus rostros para orar, y el padre comenzó. El colocó sobre el altar su “derecho” a descansar después del trabajo. Luego agregó otros derechos que Dios trajo a su mente.

Después de esa oración, oró la mamá, y de una manera muy sencilla y hermosa entregó al Señor su derecho al aprecio y la ayuda. Luego oraron cada uno de los hijos, y de la manera más clara posible, entregaron sus derechos al Señor.

Paremos aquí por un momento. Las acciones de la familia aquí muestran el próximo paso que es entregar los derechos a Dios y cumplir con las responsabilidades. Es importante que entendamos que no podemos entregar nuestras responsabilidades a Dios, sólo los derechos. Sigamos leyendo.

El director de jóvenes terminó la sesión con una oración en la que dio gracias a Dios por haber escuchado a cada uno, y por haber recibido los derechos que ellos le habían entregado. Al terminar la oración les preguntó, “¿Creen ustedes que Dios escuchó sus oraciones y las contestó?”

Después de pensarlo algunos momentos, la familia manifestó que sí, creían que Dios había escuchado sus oraciones y había recibido los derechos que ellos le habían entregado. ¡Ya era asunto concluido!

A estas alturas el director de jóvenes preguntó, “¿Cómo podemos asegurar que los derechos que han cedido a Dios esta noche permanezcan sobre el altar?” Inmediatamente uno de los hijos sugirió una idea. “Vamos a pedirle a mamá que registre durante la semana cualquier discusión que ocurra en la familia, y nos reunimos la semana próxima para analizarlas.”

Todos acordaron reunirse durante las siguientes semanas para revisar la semana que pasó, y trabajar sobre proyectos para la semana siguiente.

Una semana después de que la familia colocó sus “derechos” sobre el altar, regresaron para la segunda reunión con el director de jóvenes. El los observó atentamente, esperando ver algún reflejo de nuevo gozo y emoción por la victoria sobre la ira, que él esperaba que se hubiera producido durante la semana. Nadie dijo nada; sólo se sentaron. La mamá abrió su cuaderno y esperó que el director de jóvenes le diera la señal para empezar a leer. Al escuchar su lectura de los detalles de las discusiones familiares, entendió por qué nadie había dicho nada.

Él miró alrededor de la mesa y vio que todos bajaban la cabeza. El primer informe tenía que ver con un incidente relacionado con la televisión.

“El martes por la tarde Juan fue a la sala y encendió la televisión para ver su programa favorito. Unos minutos más tarde José entró corriendo y empezó a cambiar el canal para buscar su programa favorito.

“Juan saltó de su asiento gritando muy molesto, ‘¡No toques la televisión! ¡Yo quiero ver este programa!’

“José levantó la voz y respondió, ‘¡Tú viste tu programa favorito la semana pasada, esta semana me toca a mí!’ Luego José cambió el canal. Juan empujó a José para alejarlo de la televisión, y volvió a cambiar el canal. José regresó, y comenzó la pelea.”

Mientras mamá continuaba con sus informes, todos inclinaban la cabeza más y más. Finalmente el padre levantó la cabeza y dijo, “Óigame, esto es peor que las películas caseras.”

Había un rayito de esperanza. Mediante la aplicación de lo que habían aprendido la semana anterior, habían tenido varios días sin discusiones, y las veces que perdieron el control fueron nuevas experiencias de aprendizaje en la evaluación de qué fue lo que causó la ira, y hacer frente a esa causa.

Vamos a parar aquí para escribir el próximo paso que es usar la ira en el futuro para descubrir derechos no cedidos. Sigamos leyendo.

La experiencia de ellos es comparable con lo que sucede cuando dejas de sonar una campana – habrá todavía unos retumbos más.

Durante esa segunda sesión la familia comentó las situaciones específicas que habían causado ira, y descubrieron que el ceder los derechos se tiene que acompañar de la renuncia a la propiedad relacionada con esos derechos.

La última cosa que queremos ver es que debemos entregarle todo a Dios. Todo lo que tenemos pertenece a Él y debe ser usado para lograr los propósitos de Dios. Eso es el principio de la propiedad. Vamos a ver otra situación que tiene que ver con este principio en la próxima lección.

Vamos a cerrar esta clase con una palabra de oración. Oremos. Padre, te damos gracias por esta familia que ha compartido sus testimonio para que aprendamos acerca de lo que Tú dices acerca de nuestras posesiones y nuestros derechos. Ayúdanos colocar nuestros derechos sobre el altar y entregarte a Ti todo que tenemos. En el Nombre de Cristo pido todos estos favores. Amen.

Dios te bendiga.